

Padre Jacques Bénigne Bossuet

Parábola de los dos hijos desobedientes.

Aplicación de la, misma a los cristianos perezosos y tibios y a los falsos devotos (Mat., XXI, 28-31).

« ¿Qué os parece?, dice Jesús, según San Mateo (XX., 28-32), un hombre tenía dos hijos, etc.» Esta parábola va a convencer a los pontífices y los doctores de una hipocresía manifiesta, El Hijo de Dios nos señala en ella dos caracteres bien diferentes, en la persona de los dos hijos: uno es desobediente a las claras; el otro es obediente, pero de forma imperfecta, y más en apariencia que en la realidad; y la consecuencia es de que este último es el peor de ellos.

Hay personas que lo prometen todo, sea por flaqueza, pues que no son lo suficientemente valientes para decirlo a la cara, sea por ligereza o, peor todavía, por falsedad. Ellos no se atreven a deciros que no quieren corregirse y aunque poco convencidos de que han de obedecer, dicen siempre: «Voy, Señor.» Os llaman Señor y lo hacen con cierto respeto; en apariencia son sumisos y están prontos a obedecer; ellos no dicen iré, sino voy; al parecer van en seguida, pero mientras tanto ellos no obedecen, no se mueven de su lugar, o para engañaros o, lo que es peor, para engañarse a sí mismos, creyendo que tienen voluntad y que son obedientes, pero nada hacen. Evidentemente este carácter es el peor de todos: sus débiles resoluciones y sus apariencias piadosas exteriores hacen creer que tienen verdadera piedad y religión; y por añadidura no sienten horror de sí mismos y de su estado y por lo mismo nunca se convierten ni cambian. Por el contrario, el que dice abiertamente: «Yo no voy», es cierto que resiste a Dios desobedeciendo manifiestamente y no puede gloriarse de bien alguno; pero al fin siente vergüenza de sí mismo y, excitado por su propia falta y exceso, se arrepiente de ello, como dice el Evangelio, del hijo mayor: «-.Después se arrepintió y fue.»

Nuestro Señor hace comprender a los pontífices que su conducta es como la del primero. Crecidos en la piedad no hablan sino de Dios y de religión y de la obediencia que se debe a la ley; y porque ellos hablan con frecuencia de esto mismo, ellos se creen suficientemente buenos y no se corrigen jamás. Es por esto que Jesucristo les habla de esta manera terrible: «En verdad os digo que los públicos y las meretrices os preceden en el reino de Dios» (Mat., XXI, 31-32), pues que, arrepentidos de sus excesos, ellos hicieron penitencia, escuchando la predicación de Juan; pero vosotros, por vuestra inteligencia de la ley y por la dignidad de vuestros cargos, deberíais dar ejemplo a los otros; y no solamente no habéis sido los primeros en escuchar mis palabras, como era justo que lo hicierais, pero ni siquiera os habéis sabido aprovechar del ejemplo de los otros. Más endurecidos en el crimen que los públicos y que las mujeres de vida airada, vosotros los habéis visto, sin arrepentiros y convertiros, como ellos se convertían a Dios.

Doblemente hundidos en vuestro crimen como estáis, no habéis hecho mejor que ellos y dado ejemplo, como debíais, y, además, ni siquiera os habéis aprovechado del ejemplo de ellos.

«Juan vino a vosotros por el camino de la justicia», sin ninguna otra prueba de su misión que su vida santísima y austera; y no obstante los publicanos y las meretrices creyeron en él y se convirtieron. Y vosotros, que habéis visto a Jesucristo, que no solamente andaba como Juan por el camino de la justicia, pues que él pudo decir, no en el desierto, sino delante sus mismos enemigos; «¿Quién de vosotros me argüirá el pecado?» (Jo., VIII, 46), no os habéis convertido; y además hacía muchos grandes milagros, suficientes para conmover incluso les más insensibles. Vosotros que le habéis visto y que habéis oído su voz, pero que no os habéis convertido ni habéis creído en él, ¡cuál será vuestra vergüenza y cuál y cuan intenso vuestro último suplicio!

Vosotros, sacerdotes, religiosos y religiosas, cuya vida no responde a la dignidad de vuestro estado; y vosotros todos, gente buena en apariencia, devotos por rutina, aplicaos exactamente esta parábola. ¿No acabaréis algún día de contentaros con aparecer, escudados en vuestro título vano de piedad, como los fariseos, los pontífices y los doctores entre los judíos? Avergonzaos, bajad vuestros ojos de vergüenza; humillaos, confesad vuestras flaquezas y corregíos. Es a vosotros principalmente que se dirige esta parábola de Jesús.

(Tomado de "Meditaciones sobre el Evangelio" Vol. I, Ed, Iberia, Barcelona, 1955, Pág. 68 y ss)